

"Todo se vuelve conjeturas; se habla de grandes pérdidas sufridas con motivo de la última quiebra."

—La quiebra nos dice el amigo á quien debemos esta noticia con una amarga sonrisa. Esto creen por allá y más vale así. ¡Pero si ustedes supieran! Lo que eso desgraciado ha perdido no fué el dinero; fué lo que vale mil veces más. Y si no, juzgaa ustedes.

En 1885 este hombre era juez de primera instancia en el mismo pueblo. Un proceso notable le dió bastante celebridad. Tal actividad desplegó en las averiguaciones, que el culpable fué reducido inmediatamente á prisión, convicto y confeso de su crimen, y condenado á muerte.

Era un magistrado de gran porvenir, y todo lo que se llama un buen mozo. Su fisonomía revelaba una poderosa energía moral y una gran inteligencia.

Solicitado por la buena sociedad había hecho conocimiento con una familia compuesta de una señora anciana y de dos jóvenes, nietas suyas, huérfanas y ambas notables por su hermosura.

La gran fortuna que habían heredado era punto de mira de todas las combinaciones matrimoniales.

Sin embargo, el joven magistrado, á quien llamaríamos D..., no demostraba impaciencia, cerca de ellas, temiendo sin duda parecer interesado.

Sucedió lo que sucede con frecuencia; que la frialdad de un candidato obtiene ventajas sobre la más extremada galantería.

Cármen y Nieves, las dos hermanas, se enamoraron del magistrado. Estaban locas por él y un día echaron de ver que eran rivales.

A partir de este día, no volvieron á mentar el nombre de D....

Este parecía convencido del doble interés de que era objeto, y atráido por esta extraña simpatía no sabía á cuál de las dos dirigirse.

Cármen, más dulce y más tímida, con una expresión de melancolía encantadora en su mirada, acabó por decidirse á la elección; pero á fin de no dejarse sorprender, continuó su campaña de galanterías con la mayor, hasta que creyó caso de conciencia declararse.

Así se pasó el invierno. Nieves se mostraba sombría y taciturna. No era ya la joven alegre y coquetueta que todos conocían.

Un día en que ésta se hallaba ausente por haber ido á visitar una tía suya á un pueblo cercano, Cármen se sintió indispueta. Se creyó que esto no sería nada. El mal se acentuó y comenzaron unos vómitos tan violentos que los médicos se miraron con sorpresa sin atreverse á confesar sus sospechas.

Se inició una mejoría el mismo día del regreso de su hermana; pero la enferma decayó pronto, y al octavo día dejaba de existir.

En el dolor de Nieves había tanta desesperación, que D.... admitió ya en la familia, no pudo menos de extrañarse.

Entretanto la casa era muy visitada por este acontecimiento imprevisto notándose que la frecuentaban más las personas más curiosas de la población; los domésticos cuchicheaban entre sí y llamando aparte al Sr. D.... uno de ellos tuvo el atrevimiento de decirle:

—Pero, vamos á ver, señor juez, ¿de veras cree usted que la señorita Cármen no ha muerto envenenada?

El magistrado se estremeció, como herido de una revelación, y doblemente emocionado no pudo articular más que estas palabras:

—¿Por qué?

—Y quién lo sabe?—replicó el viejo servidor, meneando la cabeza.

Una denuncia anónima se recibió poco después en la audiencia, y D.... fué encargado de practicar la indagatoria en su calidad de juez de instrucción.

Esta indagatoria se verificó con la mayor discreción posible, para no llamar la atención pública, y la asiduidad del funcionario judicial en la casa mortuoria no extrañó á nadie: todos veían en él á un pretendiente des-

graciado que iba á llorar allí su dicha perdida.

Todos los sirvientes fueron interrogados sucesivamente, previo juramento de guardar silencio fuere; ninguno habla visto ni oído nada sospechoso.

En cuanto á Nieves se había encerrado en su cuarto y no cesaba de llorar.

No obstante, era preciso interrogarla también.

Apénas oyó la palabra "envenenamiento", cayó redonda como una masa inerte, y costó mucho trabajo hacerla volver en sí. El magistrado insistió tímidamente.

Por toda respuesta Nieves repitió:

—¡Esto es horrible!.... Yo no sé nada....

Pero el antiguo criado que había sido el primero en dar la voz de alarma, presentó una noche al juez una hoja de papel doblado que había recogido de entre las barreduras de la cocina.

—¿Qué es esto, señor juez? ¿No le parece á usted que en este papel hay polvos blancos?

—Así es, en efecto. Remítamelo usted al juzgado.

El papel, analizado, resultó contener adherida una pequeña dosis de arsénico. Había ya más de lo que se necesitaba para obtener la prueba del crimen. La hoja de papel era una página arrancada de un devocionario y contenía un trozo del *Stabat Mater*. Se registró toda la casa; el libro no pareció.

En el pueblo se comenzó á hablar de lo que ocurría en casa de la anciana señora, y el fiscal intervino en el asunto para acabar con estos rumores ó llevar adelante el proceso.

La instrucción se dió por terminada sin que se hiciese luz alguna.

Ningun farmacéutico había vendido arsénico para aquella casa. La causa se sobreseyó, quedando osada entre sus hojas la página denunciadora.

Al año siguiente se anunció el casamiento de D.... con Nieves.

El magistrado había tomado para sí los consuelos que habla ofrecido, y poco á poco volvió la tranquilidad al ánimo de la joven y la sonrisa á sus lábios.

Era una esposa admirable, tierna, apasionada; no se hablaba más que de la felicidad de D....

Así pasaron dos años.

Nació un niño, un niño adorable, de mejillas de rosa, á quien la madre no pudo criar y á quien una nodriza arrullaba cantándole canciones de su país.

Una noche, D.... que habla comido con su mujer en casa de unos amigos, volvió solo para ver si la niñera, en ausencia de la madre, cuidaba de la criatura. Esto ocurrió en Mayo último. Encontró todo en orden. El niño enfadado, dormía profundamente sobre las rodillas del ama, quien con voz nasal y lánguida, entonaba un cántico á la Virgen que iba de entreando en un libro.

D.... experimentó un sentimiento de disgusto indefinible.

Recordó de repente que este cántico era el mismo de que él habla leído fragmentos sobre la página arrancada del devocionario encontrado á raíz del crimen.

—¿Qué es eso que canta usted?—le preguntó.

—Señor, es el *Stabat Mater*, pero no tiene el final.

—¿Qué dice usted?

Le arrebató el libro de las manos y palideció.

—¿Dónde ha encontrado usted este libro?

—En el armario de la señora, buscando un gorrito para el niño.

D.... tuvo necesidad de apoyarse en la pared para no caer desplomado.

—Está bien, está bien, dijo después. Esto no tiene importancia. Déjeme usted el libro.

Y desapareció en su gabinete.

Allí compulsó febrilmente la hoja del devocionario con la que estaba cosida al proceso, y vió con espanto que la una era continuación de la otra.

En aquel momento la puerta se abrió, y Nieves apareció sonriente.

—Este libro, Nieves, este libro... esta hoja?....

Un grito sordo le respondió, y Nieves saltó como un tigre para arrancarle el devocionario.

—¡Desdichada! ¿Con que fuiste tú! Y el magistrado cayó en su asiento, anonadado.

Ella quiso protestar, pero no tuvo fuerzas: insensiblemente sus piernas flaquearon y cayó de rodillas. Todo lo confesó. Confesó que habla tenido celos, que su amor la hizo olvidar todo, y cansada de hablar, ante el silencio de su marido, ni siquiera se acordó de sus remordimientos.

—¡Miserable! Olvidas que ya no soy tu esposo, sino tu juez; ¡Estás irremisiblemente perdida!

—¡Perdida?... ¡Ah!

Y, loca de terror, colocóse de un salto fuera de la habitación y volvió un instante después con su niño en brazos.

Fué una escena espantosa.

El Magistrado se retorció las manos, se agitaba, lívido como un cadáver, en una convulsión de epileptico, semejante á un hombre que lucha contra enemigos invisibles.

—¡Llévate de aquí este niño! ¡Llévatelo pronto!

Y empujando á su mujer por la espalda, la echó del gabinete.

En el momento de salir, el niño le sonrió levantando la cabecita rubia por encima del hombro de su madre. El juez lo besó, dejando en su frente una lágrima, y cerró la puerta.

Después febrilmente, colocó en su sitio al niño extraído del proceso, cogió el devocionario, lo arrojó á la chimenea con otros papeles, deshizo en polvo las páginas quemadas, se sentó de nuevo á la mesa, escribió durante el resto de la noche, y á las cuatro de la mañana se mató.

Lo que escribió el juez aquella noche, nos dice el narrador de esta verídica historia, fué una carta á una parienta suya, de bastante edad, carta que esta señora arrojó también al fuego.

En ella, después de una sucinta relación de los hechos, le decía: "Me mato porque no quiero ser ni un padre indigno, ni un magistrado sin honor."

X.



Tomo III. México, Domingo 24 de Septiembre de 1893. Núm. 114

# ANGELINA.

## NOVELA POR DON RAFAEL DELGADO.

(ESCRITA PARA "EL TIEMPO.")

(CONTINUA.)

A ser ciertas algunas noticias que recibo, aun son fieles los vilaverdinos á su dios; el culto ha decaído, pero la devoción vive, y vivirá en ellos por los siglos de los siglos.

La tertulia languidecía; los pedagogos estaban displicentes y mal humorados; el doctor disertaba de farmacología indígena, y el P. Solís leía con avidez cierto periódico conservador, el primero que saltó á la palestra después de la catástrofe imperial.

Viendo que los tertulios no reían ni disputaban, me decidí á pasar la velada en la casa del domine. Además, me era insoportable la presencia de los periodistas, desde el día en que me ajustaron las cuentas y pusieron en solfa mis sonetos. Me repugnaba el trato de mis críticos, solamente soportables para mí cuando discutían y se peleaban, cada cual en defensa de sus ideales.

Nada más triste que Villaverde al fin del día; nada más horrendo que mi ciudad natal después de obscurer. Todo el mundo se mete en casita, y si el aburrido no acude á cualquier mentidero, es cosa de que se muera de fastidio. Las calles desiertas, oscuras, lóbregas, silenciosas. Ni el ruido de un organillo que alegre squella espantosa soledad. Las casas, casi todas cerradas. ¿Qué se hacen á esa hora las dulces vilaverdinas? Sábelo Dios. Ahí se están en la sala, acurrucadas en el sofá, columpiándose en las mecedoras, soñolientas y aburridas, en espera del novio que ha de pasar, atisbando el momento oportuno para pelar la pava.

Me lancé á la calle, perdido en las tinieblas, tropezando á cada paso. Camino de la casa de mi maestro pasé por la plaza, delante de la morada de Gabriela. La hermosa señorita estaba en el piano. La pobrecilla, para entretener sus fastidios vilaverdinos, repasaba el repertorio en boga. No me detuve á escucharla. Me pareció que cometía yo una infidelidad.

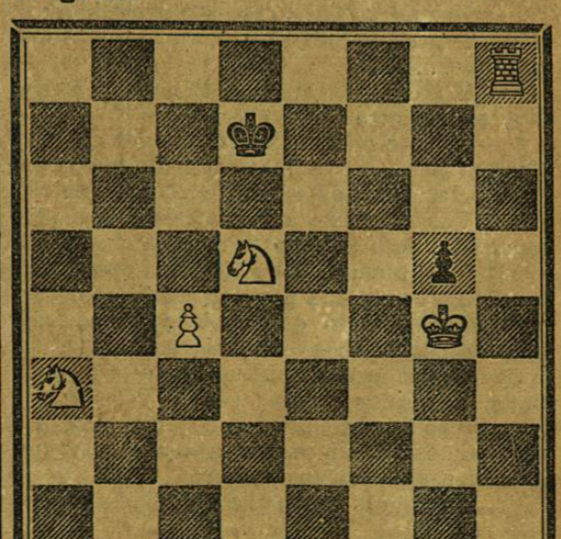
La Plaza estaba casi á oscuras. Ardían los cinco faroles, pero con luz tan débil y escatimada, que apenas dejaban ver los árboles, la fuente y el barandal. Salían del templo algunos hermanos de la Vela Perpétua; los vicarios departían en el cuadrante con los campaneros, y en la esquina opeusta una vendedora de frutas secas dormitaba en espera de marchantes, á la luz de un farolillo de papel. En un ángulo del cementerio una *garnachera* condimentaba sus fritadas. El airecillo nocturno llevaba calle abajo el picante olor de la cebolla y el hedor de la manteca quemada.

Sali de la botica contagiado de triesteza pedagógica. Pensé en mi situación; me puse á cavilar en mi suerte; en que era yo pesada carga para mis tías, las cuales me habían sostenido por tantos años á costa de extremos sacrificios. Aquello no podía seguir así. Y bien, ¿por qué sólo de tarde en tarde me paraba yo á considerar mi penosa situación? Esto fué el tema constante de mis meditaciones en los primeros días, pero luego puse toda mi atención en la belleza de los campos vilaverdinos, en las puestas de sol, en la galanura de mis poetas favoritos, en las visitas de mi maltrecha tía, en el amor de Angelina. Mente maldita la mía, tan divagada é insta-

Salen las blancas y dan mate en 3 movimientos. Solucion del problema publicado el domingo pasado.

### PROBLEMA DE AJEDREZ

J. L. VALLEJO.  
Negras.



Blancas.

Salen las blancas y dan mate en 3 movimientos. Solucion del problema publicado el domingo pasado.

1. D toma P e h — C toma D.—2. P d 4—Cualquiera.—3. C o A ++.